

¡REMEMBER CHICAGO!!

1887 - 11 DE NOVIEMBRE - 1904

11 DE NOVIEMBRE 1887-1904

LA GRAN NACIÓN

En la inscripción que ostenta un monumento levantado a la policía de Chicago en la plaza Hay Market y significa: en nombre del pueblo del Illinois ordena la paz.

La paz ordenada por un policia... ¡qué ironía!

El pedestal podría decir con mas verosimilitud:

«La burguesía-cocotte perpetúa en el bronce la fidelidad de sus refutinas. Gloria a los que hicieron posible nuestro orden y nuestra prepotencia».

Mientras tanto gritan los ingeniosos: Norte América... ¡oh, el gran país!

Si, gran país, para el mortuorio de los y el linchamiento; sacro al becerro de oro; donde cada habitante lo adora en el dólar, denominador de todos los valores, estímulo de toda acción, base de todo afecto y propulsor de todo sentimiento. Gran país, donde todo es compra-venta.

Gran país. El Sr. Rockefeller, quinientas veces millonario, educa a su único hijo en un departamento de veinte cuartos, con otros tantos esclavos a sus órdenes, siéndole vedado al niño el contacto con cualquier semejante suyo. «Como adquirir, sino, la idea de su superioridad? Conrado en sí mismo, ahoga cualquier sentimiento débil que pudiera nacerse de contemplar la miseria ajena y adquirir la dureza de corazón necesaria para triunfar en la lucha por la vida.

Gran País. Los hijos de los Gould, Vanderbilt, Pierpont Morgan y otros archimillonarios, son buenos ejemplos de idiotismo e imbecilidad. La educación mencionada y el excesivo trabajo cerebral al que están sometidos los padres para aumentar el patrimonio, han realizado el milagro.

Gran País. En los bailes que da la aristocracia... del dólar se murmura, la entrada de cada dama o caballero, lo siguiente: la señora diez millones, el joven veinte millones, el rey quinientos millones, etc... Una cifra ha substituido los nombres a los títulos. «¿Qué mejor exponente del propio valor que la cantidad poseída? La solterona rica no se aflice porque no presenta el marido. Cualquier día pone en las airas un aviso de que una señorita con tanto dinero, desea contraer enlace... Al día siguiente solo la queda elegir, entre la turba de pretendientes, aquel con quien realizará el negocio.

Cuanto mejor práctica los norte-americanos. Aplican la electricidad hasta a las sillas... donde se acomodarán a los criminales. A éstos se les ejecuta: es más seguro y mucho más económico que mantenerlos durante años en las cárceles. Para la lucha entre los capitales está el trust; para los conflictos con los obreros los rompe-huelgas, asociación de scabs y semi-criminales; para los salvajes como los cubanos y filipinos los caballeros rojos.

La compasión y la equidad no tiene cabida en hombres tan preocupados por el engrandecimiento de la patria. No hay tiempo, para la gente que tiene prisa, que perder en la consideración de estúpidos sentimientos altruistas. El detalle que no puede sostenerse a flote que se hunda, y el aulaz que siga adelante abriéndose paso como mejor se le ofrezca.

Abriese paso quiere decir enriquecerse y enriquecerse significa comerciar, con todo, con la moral, con la política, con la dignidad, el honor, la conciencia, la dicha, el cuerpo, contra cualquiera, el padre, la mujer, los hijos mismos si se ofrece. Hay que ser hombre moderno. Lo esen-

cial es crear cerdos y fabricar salchicha. No hay tiempo para el arte. De todas maneras, cuando hay dólares se compran los cuadros y las estatuas, la Patti y Mascagni. Modernos hasta en los métodos de represión. Las pieles-rojas se ahorcan en los «reservations» campos ad hoc, donde los curas fomentan entre ellos la discordia y la espada completa la obra de la cruz.

Y de todas partes surgen verdugos voluntarios y por doquier las damas tejen con sus manos blancas y delicadas el lazo destinado a extrangular al pobre Guizot. Al que estorba se le embarca clandestinamente y se lo deja en cualquier playa, como se procedió con los obreros de Tampa, o sino se le ahorca, como se hizo con los agitadores de Chicago, pues, para el caso, no faltarán magistrados modernos y prácticos que acusados por verdugos idem, salvaguarden la tranquilidad de la gran nación. Prácticos hasta el punto de mandar se fusilen operarios recalcitrantes, y regalar quinientos millones a una universidad, caso Carnegie, o imponer los controles comerciales a cañoneros, caso Panamá.

Detengámonos un poco en lo ocurrido en Chicago el 1887.

Aclarar el día 11 de Noviembre y eslabos por desarrollarse el último acto de una tragedia. Se repitió el eterno hecho cruento: Cain degollando a Abel, con ligeras variantes de carácter colectivo. Se repitió el crimen de La Commune, de menores proporciones pero de mayor ferocidad, pues no había exacerbación y encono de épocas anormales que alenara la premeditación y sangre fría que caracterizó a los encargados del orden en aquella ocasión.

La tragedia costó la vida de seis honrados e inocentes ciudadanos, muertos por los bandidos galeones y legalmente organizados en camorra a los que no faltó el cinismo para declarar que con el lazo no se había querido ahorcar hombres sino ideas.

«¿Ahorcar ideas?... También la cruz galilea, la cicuta ateniense, la hoguera del Santo Oficio y las balas del Chassepot quisieron «ahorcarlas» y no lo pudieron como había de conseguirlo pues, la herca vil, toca y plobey!

Lo único que se pudo obtener fue el silencio de los asesinados; pero ese mismo silencio, como lo previó una de las víctimas llegó a ser más poderoso que las voces que se quisieron ahogar.

En efecto, desde aquel año, cada 11 de Noviembre una imponente masa de 300 mil obreros, llevando como símbolo una medalla en cuyo centro está grabada una hora, va a depositar en el cementerio de Chicago una flor roja sobre la tumba de las víctimas, que supieron enseñar como se muere, después de haber enseñado como se debe vivir.

Y el alma del «policia-man» está condenada a presentarse desde su involucro de bronce aquel silencio y compacto desfile, castigada en su propia impotencia de ordenar una paz imposible porque sería la paz del sepulcro. Porque sería la muerte calma de la fe y de la ignorancia, y hoy los espíritus fuertes prefieren las tempestades del pensamiento y de la acción.

A. MONTAÑANO.

La fecha de hoy

Los anarquistas muertos en Chicago el 11 de Noviembre de 1887 nos muestran el heroísmo sencillo y grande. Durante una huelga fomentada en dicha población por la Asociación de los «Caballeros del Trabajo», una bomba fué arrojada contra la policía, que asesinó a una muchedumbre tranquila, destruyendo a diez de sus individuos. Las autoridades decidieron castigar ejemplarmente. Un proceso sin ejemplo se instruyó contra Augusto Spies, Miguel Schwab, Luis

Ling, Jorge Engel, Adolfo Fischer, Oscar Nebe, Samuel Fielden y Alberto Parsons. Los seis primeros eran de origen alemán, el séptimo inglés y el último, único natural de los Estados Unidos. Jamás la justicia americana mostró su corrupción con más desfachatez: todos los testigos fueron sobornados. En el sumario constaba que la bomba había sido arrojada por un tal Schnaubel, que no fué hallado: se quería destruir el partido revolucionario arrebatándole sus cuadros y escritores militantes. «No hay pruebas», declaró el procurador Hunt, de que alguno de los acusados haya podido relacionarse con el asesino que arrojó la bomba sobre los policías, pero todos ellos han formado parte de una conspiración general para perturbar el orden existente».

Conspiración generalísima, efectivamente, puesto que subió a través de los siglos y cuenta entre sus cómplices millones de pasaduros o de infelices que persiguen el adelantamiento de la justicia social. El procurador Grinnan, sin embargo, figura del proceso, dice que el caso es la condenación a la salvación de la anarquía. El hecho obedece a los principios de la anarquía, por que tales principios constituyen la base de la conspiración: la anarquía debe condenarse».

Y lo fué, en efecto. Después de una admirable defensa en la que los acusados se mostraron sucesivamente profundos, entusiastas, serenos y enérgicos, fueron condenados sin piedad: Nebe a quince años de prisión, los demás a muerte: más tarde a Schwab y Fielden se les comutó la pena por la de trabajos forzados a perpetuidad.

En este lugar hay que dar cuenta de un incidente que se hizo sobre un tema rosa entreabierto sobre un feto. Una joven graciosamente llamada Nina, bella, no hay que decirlo, y perteneciente a la noble familia Vanzetti, concibió una pasión entusiasta por Spies, que hacía inclinarse a sus jueces bajo sus palabras de marín. Inmediatamente le hizo proposiciones de matrimonio: los carceleros aterrizados de su seguridad, que demostraba como la causa de los condenados despertaba simpatías hasta entre las clases directrices, rehusaron proceder a la ceremonia. Spies que aguardaba la muerte, esa otra novia oculta, hubo de dar poderes a su hermano para contraer el matrimonio.

Quince meses transcurrieron entre el proceso y la ejecución. La ciudad entera se movió por ser favorable a los condenados. Las peticiones de indulto, las amenazas mismas, tuvieron de todas partes del mundo; no podía creerse que la ejecución se realizara. Pero los anarquistas pudieron finalmente oír sus cadenas al martillo de los carpinteros clavándose sus cadenas. Esta dicha, el más fogoso de todos, no quiso proporcionar a la justicia la gloria de verla en el patíbulo; se procuró un cartucho llovo de fulminante, lo aplastó entre los dientes y camuflándose en su boca, se lanzó a la horca de sangre y con la cabeza horriblemente destrozada. Los demás subieron al suplicio siguiendo a la marabuta. Los últimos cristianos descendían a la arena del circo repitiendo sus cánticos: «¡Bien venido, ¡oh tiempo, en el que nuestro mundo será más poderoso que nuestra voz que se ahoga!» exclamó Spies. «¡Viva la anarquía!» gritaron Engel y Fischer. Parsons pronunció un discurso: «¡Obreros y mujeres de América... el Verdugo se interrumpe. Unos instantes después, sus grandes corasas cesaron de latir.

C. MALATO

LOS MÁRTIRES

En 11 de Noviembre de 1904.

Furia de bárbaros, en todos los tiempos los troncharon. Troncharon! No! Sangrientos, trágicos, clarines del martirio, al doblarse sobrelas tumbas se figuraron en la historia con toda la gigantesca talla de sus almas!

Se figuraron alto, tan alto, que el tiempo solo en vano pretendiendo dominar todo el majestoso de su porte.

Ahi están, montañas de la historia, rudas y toledas, donde el pensamiento-aguila con su vuelo inagotable va en busca del que aún palpita, de la fuerza que aún vive.

Solo él, el pensamiento-aguila puede ir a coronar esas frentes teñidas con sangre de mártires que no se sabe si es sangre de incendio o de sangre de aurora.

Furia de bárbaros los troncharon: ahí están los cadáveres, las heras, alarres de victoria, astas de banderas que envuelven al mundo en ondas inmensas, hablando ese idioma lenguaje que domina todas las edades y todas las distancias.

Los bárbaros los troncharon: querían desmenuzados de la cima donde predicaban a una generación, y al caer, quedaron inmóviles en esa otra cima desde donde predicaban las generaciones de todos los tiempos, arrojando infatigables, grandes como astros, los séculos perdidos de promesas.

Grandioso triunfo: ¡No lo presumieron los bárbaros!

J. ALBERTO CASTRO

LA RELIGION Y LA CIENCIA

La evolución en que la humanidad se encuentra actualmente envuelta, ha creado una oposición bien marcada, una guerra sin cuartel entre la ciencia, es decir, la investigación objetiva de la verdad y el conjunto de sentimientos, de creencias y de supersticiones que se llaman religión.

Exactamente uno de los caracteres esenciales de la Era contemporánea es esa lucha encarnizada, que representa una literatura de las mas abundantes. En vano algunos teólogos, que están al mismo tiempo en la ciencia, profanan protestando contra ese estado de cosas, que por el demas, no deberían olvidar, por el

CHICAGO!

Las Heresas.



Una aureola de sangre corona toda idea. Allí, Chicago! Enorme se alza la roja mancha; Es de sangre y de fuego; quema y empapa el mundo. Va extendiendo sus bordes y va sublevando almas.

Lenguas de los ahorcados ¡como hablastis a los pueblos! Como estruenden tus voces! fuertes como el martirio Ellas dicen de vientos redentores que un día Barriendo árboles viejos, fórmulas y prejuicios

Soplarán de repente; tempestades de iras —Locas como venganzas— que empujan las ideas, Tempestades de iras que cruzarán llevando Cadáveres podridos a la crugiente hoguera.

Todos de piel ¡a la lucha! ¡Ni dios, ni ley, ni patria! Cada hombre sea un ejército; nadie obedezca a nadie! ¡Ni altares, ni sanciones, ni banderas! ¡No encuentren los esclavos donde atarse!

Allí, Chicago! el crimen, el símbolo maldito. Allí, Chicago! Gólgota de las ideas nuevas. ¡Que una verdad nos una, que un dolor nos anime, Que la voz de esos muertos suene en toda la tierra!

ALBERTO GHIRALDO.

Sin embargo, esta autonomía irreductible, que algunos campeones sostienen ardientemente da una y otra parte, es un hecho relativamente moderno, puesto que ciencia y religión se contaban antes, previniendo igualmente de la investigación de las causas. El hombre no puede admitir que no comprenda las apariencias del mundo que le rodea; quiere explicárselas a toda costa, pero no se muestra difícil sobre las razones que le dan y a menudo se contenta con una frase, con palabras desprovistas de sentido, que, más adelante, en los dogmas religiosos, toman el nombre de misterios.

Así es como, en su mismo origen, la investigación de la verdad se mezcla con errores y con un bagaje inútil de frases que no significan nada. El culpable es el padre que responde, poco más o menos, de esa manera a los que de su hijo, o bien el observador, hombre de genio que se engaña en la explicación de los fenómenos de la naturaleza ambiente. Sin embargo, uno y otro fueron los más sabios para los que eran más ignorantes que dios; y en los pueblos primitivos el astrólogo, el quimántico, el mago —designados con cualquier nombre— se a la vez el precursor y el sacerdotado de los dos oficios no están aún diferenciados. El que enseña por observación directa y da cuerpo a sus fantasías sobre el más allá, se relaciona con un mismo acento la verdad y la quimera.

Pero todo progreso en los conocimientos debía aportar necesariamente la separación de los elementos primitivos, que son en nuestros días, la religión y la ciencia. Todo descubrimiento aportaba una lucha entre el recién llegado y el mago antiguo, al cual, malicia por malicia, el nuevo se reconocía el privilegio de saber. El joven, innovador y revolucionario, no podía renunciar a presionar lo que él creía ser la verdad y mantenía al parecer en contra de aquellos cuyas enseñanzas se conformaban todavía con las antiguas fórmulas, por su parte, el viejo, cuya posición iban a atacar los imprudentes, cuya gloria iban a amargar, defendía obstinadamente los derechos adquiridos, empleando todas las armas que tenía a su servicio, sobre to-

do las que eran bastante poderosas para suprimir la voz del adversario.

Era la guerra despiadada entre la verdad de la víspera y la del día siguiente. La primera tenía en su apoyo todo el ejército de los conservadores; alpestre de la segunda se agrupaban los audaces que se salen de los caminos conocidos, y así es como de siglo en siglo, por segregaciones sucesivas, la humanidad se ha separado siempre en dos clases, no por la conquista material del país, sino por efecto de divergencias en la interpretación de las causas. Es cierto que en la mayor parte de esta divergencia de ideas coincide con la rivalidad de intereses; sin embargo, los móviles intelectuales y morales tuvieron siempre su parte en la lucha entre los formularios antiguos y las enseñanzas nuevas, presentadas en una forma más libre y con una mezcla más o menos considerable de verdades observadas.

En nuestros días ha tomado el antagonismo un carácter nuevo y más preciso del que tuvo nunca, porque no se trata ya de creencias en contradicción unas con otras, comportando igualmente una sanción divina por encima de las edades y de los tiempos. Actualmente, solamente la religión es el precedente de Dios como revelador de toda verdad, mientras que la ciencia, habiendo cortado el puente que unía al hombre con el desconocido, no busca la verdad sino en la observación de la naturaleza, comprobada por la experiencia y guiada por ella de hipótesis en hipótesis. Ya no hay, pues, conciliación posible entre los dos métodos del saber, el uno adquiriendo sus fuerzas, por un simple don del cielo; obtenido el otro por un trabajo incesante, por una labor que se continúa hasta la muerte, y que al morir no cede ante el otro, y hasta se puede ya reconocer de antemano a cual de los dos pertenecerá la victoria. Rescindidamente toda vía, las tradiciones del pasado, apoyadas en la intervención del Estado y en los preceptos de la enseñanza oficial, dicen en todas las cosas el primer puesto a la religión, exigen por lo demás muy legítima para los viejos todas las cosas instituidas por la voluntad de un Maestro Universal y mantenidas por su intervención continua. Pero no

ONZE NOVEMBRE

Pendus de Chicago! votre infâme potence, Tel le gibet du Christ au Golgotha dressé, Pour l'esclave longtemps sous le joug rabaisé. Brille comme un signal d'invincible espérance.

Héroiques martyrs d'un idéal immense, Symbolisez la mort d'un sinistre passé! Qu'à votre corde, un jour, par l'air vent bercé, Le monstre expire enfin des poutours en démené!

Acheteurs de témoins et traquants des lois, Eux-mêmes, vos bourreaux, devant leur crime bête, Inclinent lâchement une honteuse tête.

Votre pourpre étendard sur Moloch aux abois Palpite, triomphant, et comme apothéose, Sur vos tombeaux sanglants, s'illuminent les roses!

CARLOS DE SOUSSENS.

Buenos Ayres, 11 Noviembre 1904.

